

ESTHER SELIGSON

ISOMORFISMOS

A DAVID

"Continuar significa ir lejos.
Ir lejos significa retornar."

Tao Te Ching.

OJOS DE CIERVO herido me dijeron que tenías de niño, silencioso, bien abiertos, tranquilo, de tanto leer a lo mejor, pensativo, de tanto buscar en las páginas sabe Dios qué, apartado, desde a lo mejor cuando aquella historia de la Muralla China, en otro lugar, tan larga como para darle dos veces la vuelta a la Tierra, no distraído no, te cambió todo hasta la manera de caminar, sino en cualquier parte, de sentir y de hablar y ver las cosas, un sitio no de este mundo, recorriendo extensiones desconocidas y a la vez tan familiares de alguna manera, movimiento y distancia en un mismo espacio, un único espacio múltiple, eterno, inacabable: una larga, larga hilera de piedras superpuestas y tierra amarillada apisonada que empezó a atravesarte los sueños y las vigiliadas y a llevarte, manchú, mongol, huno, caballero nómada siempre al galope, despaciosamente a veces, veloz otras, por el desierto, la cima de montañas, laderas, llanuras, desfiladeros, colinas, valles, precipicios, cuencas y estepas, a la caza de un extraño recuerdo, de un pequeño cristal donde una imagen de ti mismo se fue encerrando, se condensó en el tiempo, un tiempo que podía caber en una palabra —*peñascal*, por ejemplo—, una sola que retenía tu imaginación durante horas o días según la fuerza de sus consonantes o los ecos que removían a otras andanzas por parajes no menos abruptos, un tiempo que se detiene meses hurgando en una sola fotografía —aquella en que la línea de la muralla semeja un conjunto de patas de mosca en el gran mapamundi a colores—, para desentrañar un nuevo recuerdo, un nuevo cristal prisma de alguna hazña guerrera, una escaramuza, una emboscada en un pequeño bosque de sauces rojos no lejos de la muralla, cerca de la torre del vigía, y tú en el suelo, acechando con tu arco tendido, el cuerpo entre las púas de la alta hierba roja como el tronco de los árboles, el caballo echado junto a ti, atentos ambos — mientras el abuelo repite: "cada quien recibe el alma que le corresponde, déjenlo en paz, si le gustan los libros, mejor que andar peleando en la calle"—, casi sin respirar, hasta que te aprendías de memoria el dibujo de las piedras

y los ladrillos, de las escarpaduras, de las troneras, hasta que tal vez te quedas dormido en otro sueño donde dos lunas brillan en el cielo y tú, morador de las aguas, sostienes entre las manos la cabeza del Dragón Teli cuyas escamas son cada una espejos de mil ojos y mil bocas, tan similares, por cierto, a esa hilera que te obsesiona y que en el desierto no es sino una reseca franca de cañas, ramas de sauce, arena y guijarros, tan larga como el horizonte mismo, como el día en que buscas agua y la tierra sólo te ofrece pozos hondos y vacíos en muchos, muchísimos // a la redonda, y la noche hiere tu piel con agujas de hielo y el olor del tigre —¿qué águila detuvo su vuelo en tu pupila?, ¿qué lenta salmódia se te anidó en la garganta imposible de expresar?, ¿qué viento te traza el surco del camino bajo los pies tiernamente heridos?—, hilera de quieto rostro cambiante, baluarte cargado de siglos, de tantos como emperadores y generales gobernaron y defendieron a esa China legendaria y cuyos nombres no sabrías retener (Qin Shi Huang, Wu Di, Meng Tiang, Qui Jiguang), salvo la mirada de atalayas, interminables observatorios ciegos bajo la inmensidad también inacabable, salvo el gesto impávido de esos muros y parapetos, de esos parajes sin dueño donde tú transitas, descalzo, arena suave y caliente, pedregal afilado, verde hierba, lodo espeso y tibio — "tres cosas preceden a la creación del mundo: la Tiniebla, la Sabiduría y la Luz, como decir el agua, el aire y el fuego"—, y tu mano, la mano que acaricia el resplandor de la alegría, mueve las páginas del libro, sin prisa y a sorbos, rondando en las estampas y grabados un destello de río, una cima nevada, un racimo de cabañas, un oleaje de grava, un resplandor de voces, el trazo de inscripciones anónimas —*elaborado por el batallón de zapadores en el sexto año del reinado del emperador Wanli de la dinastía Ming*— que te enhebran al cincel que escribió y al cuerpo de los campesinos y soldados que por millares dejaron sus huesos entre los ladrillos y las piedras de la Gran Muralla, frontera que sólo hace más palpable la unión entre cielo y tierra, entre éste y el otro lado, entre lo cambiante y lo constante, el círculo y el cuadrado, el balanceo de las pértigas que conducen viajeros a través de los pasos y el inmóvil señorío de las cumbres nevadas, el infinito serpenteo de las formas, la infinita transformación de las *Diez Mil Cosas*, tus ojos de ciervo herido sobre la faz del mundo, flexible, perdido en tu

universo de imágenes y pequeños cristales de aumento, reacio a la física y a la química, buceador de historias, andador de versos, ¿extraviaste algún guijarro en alguna gruta, allá, entre los vestigios de la inmemorial construcción? ¿dejaste tu casa de pieles de yak, tu torre vigía, tu barca de juncos?, o simplemente llegaste a mi encuentro hoy, aquí, en esta alegoría que fabulo como queriendo desentrañar un misterio en tu mirar, reflejo de las líneas no menos misteriosas de tus palmas, trazos de luz que el Cosmos retrata en las corrientes de los mares y la polaridad de la Tierra, en las cúspides de los montes, en la blanquísima hilera de tus dientes, hileras de ladrillos pacientemente dibujadas, día tras día, amasando varas y juncos para rellenar el espacio entre las piedras que encajen a la perfección y evitar derrumbes, ciudadelas, plataformas, bastiones, afilas tu sable recto y cortas en el aire uno de tus cabellos negros, listo para la defensa, no importa que el enemigo tarde en llegar, centinela avisado que desentraña el mínimo susurro de voz, el menor remusgo, hijo del

viento tu dormir es ligero como el ensueño, nada guardas en tus alforjas salvo, tal vez, una nostalgia de mar, tocarlo con las yemas de los dedos y sentir así que es tuya la parte del mundo que te corresponde para ser feliz, sólo eso, un barco de papel, una pluma de pájaro, un cristal de obsidiana, construir una ciudad nueva, no mitológica, en un corazón sin batallas, ni héroe, ni esclavo, sólo caminar las rutas en tránsito siempre, agua que fluye, suave persuasión de la ola que revienta, libre, contra la roca, ningún tirano escabroso atajará tu cauce, ni será como recluta forzado con un hierro alrededor del cuello y la cara tatuada que trabajes en la construcción de la muralla, la vasta inmensidad es quien te recorre —“vivimos sueños de permanencia que no son sueños de vida”, decía, enigmático, el abuelo, “déjenlo buscar a su modo”—, porque el verdadero caminante no deja huellas y convierte el espacio en fijeza, por ello, sigues el trazo de antiguas vías, manantial silencioso, por ello, suaves, sin prisa, caminan tus pasos entre las líneas de mi mano...

